

EN TODO!

OH! ¡quién pudiera arrancar tanta poesía que encierra todo lo que hay en la tierra y en el aire y en el mar!

Una música al pasar,
un ronco trueno que aterra,
una tumba que se cierra,
una hoja seca al volar...

en todo lo que miramos,
¡ah, cuánta idea se anida,
que nunca desentrañamos!

¡Cuánta poesía dormida,
que espera que la veamos,
para mostrarse en seguida!

J. M. F.

EL ESTÍO

HE aquí la estación de la pompa, del calor, de la plenitud de la vida. En todas partes resuena ese continuo zumbido de nubes de insectos, que pululan entre los rayos del sol, y en el aire sosegado se mecen voluptuosamente las mariposas, que de vez en cuando se hunden entre el follaje tachonado de flores. Los árboles ostentan su gala y rebosan en hojas y en frutos; la vida palpita en ellos con exuberancia; hasta los troncos aparecen verdes, cubiertos de esas plantas parásitas de las plantas, bosques del mundo microscópico que deben contener fieras y antros; fieras que á nuestra vista son casi imperceptibles gusanos; antros, que para nosotros no son más que diminutas sinuosidades del tronco.

Los ríos decrecen visiblemente; el agua en ellos se destrenza en estrechas corrientes que se deslizan con sosiego, apenas sin ondulaciones, transparentes y puras, reflejando las nubes y los pájaros que pasan por encima. A las tranquilas corrientes, detenidas aquí y allá en remansos, acuden á beber los rebaños y las palomas, mientras el pastor, tendido á la sombra de árbol copudo, se adormece inadvertidamente y acaricia el cuello del viejo perro arrellanado sobre la yerba. Alguna vez resuena un tiro á lo lejos, y entonces se espantan por un momento los corderos y las palomas, el perro se levanta súbitamente y endereza las puntiagudas orejas, y el pastor no se mueve de su sitio ni da la menor muestra de sorpresa. Pero vuelve la calma, y el rebaño se reúne de nuevo al rededor del remanso. Entonces una bandada de pájaros trinando como si se quejasen, atraviesa rápida-

mente el espacio y desaparece á lo lejos. ¿A cuál de ellos ha herido el tiro del cazador? ah! tal vez un amante ha perdido á su amada, ó un hijo á su madre. El cazador entretanto vuelve á cargar el arma fatal, y los perros corren apresuradamente aturdiendo con sus ladridos, pisando flores y aplastando espigas.

La luz se esparce á torrentes por el espacio, en palpitantes irradiaciones que saturan de calor y vida la tierra y la hacen germinar hasta en las más profundas venas. De árbol en árbol, de rama en rama, la araña tiende sus delicados tejidos como invisibles y ténues hamacas en donde ella, reina voluptuosa, se mece lánguidamente. Los finísimos hilos brillan con todos los colores del arco iris, al reflejo del sol, y tiemblan continuamente; pero ah! de súbito un ave que cruza con rapidez ó una repentina ráfaga, rompen la delicada tela, y ¡adios horas de constante trabajo! la araña ha de empezar de nuevo su obra.

Pero ni siempre el espacio es azul, ni la calma es continua; las nubes blancas, de senos hinchados, se reúnen y toman un tinte sombrío; el espacio se oscurece y el trueno se anuncia á lo lejos; las nubes se estienden, un soplo ardiente recorre la inmensidad y el relámpago la ilumina. La lluvia cae en gruesas gotas que levantan burbujas en el polvo, y los rayos y los truenos son los únicos dueños del espacio. Los pájaros se esconden y los insectos caen heridos de muerte. Pero la tempestad es breve, la lluvia cesa, un rayo de sol rasga las nubes y estas ruedan deshechas en giros rojos, morados, verdes, plumizos. Un aura frescamente templada orea la atmósfera, y el espacio vuelve á llenarse de luz y armonía. ¡Y cuán bello es el campo después de la lluvia! ¡cuán verde el follaje! ¡qué perfume despiden las plantas! el aire está saturado de oxígeno y ¡ah! parece estar saturado de alegría. Las gotas tiemblan en las ramas y se desprenden como lágrimas, deslizándose suavemente por el tronco; los riachuelos murmuran más cristalinamente entre los guijarros, y el musgo y los insectos vuelven á pulular y á mecerse en el rayo de sol, levantando ese monótono rumór, que es el lenguaje desconocido de un mundo desconocido también.

¡Qué quietud en el aire! ¡qué rebosamiento de savia en todas partes! ¡cuánta belleza exuberante! Las mieses se balancean como móviles ondas de oro, y el suelo está completamente cubierto por las plantas. El estío es el estado de maternidad de la naturaleza, como la primavera fué el estado de su amor. En estío debió escribir Virgilio sus Geórgicas.

El mar ha perdido también su tinte sombrío y sus espantosas revueltas; ahora azul, calmado, henchido de la languidez general, ondula suave-